

ANGEL
VAZQUEZ:

Muerte de un novelista

EN la madrugada del día 26 de febrero moría en su casa de la calle de Atocha, en Madrid, el escritor y tangerino Angel Vázquez, de un paro cardíaco; por enfermedad, y por cansancio de una vida que lo fue todo menos satisfactoria, su corazón dejó de latir. Su corta e importante obra narrativa constaba de varios relatos, de una novela corta, "El cuarto de los niños" (1958), y de tres novelas: "Se enciende y se apaga una luz", que fue Premio Planeta en 1962; "Fiesta para una mujer sola" (1964), y, por último, "La vida perra de Juanita Narboni", publicada en 1976, tras once años de silencio, y que puede considerarse como su obra más completa. Todas sus novelas han sido editadas por Editorial Planeta. Angel Vázquez habla nacido en Tánger, el día 2 de junio de 1929; contaba, pues, cincuenta años de edad. Era —siempre se es— demasiado joven para desaparecer.

La novelística de Angel Vázquez está centrada, desde sus primeras letras publicadas, en diversos aspectos de la vida tangerina. No habla, claro está, de esa ciudad que tenemos tendencia a asociar con espionaje, contrabando y orgías cosmopolitas, sino de la ciudad verdadera, compleja y humana, que él conoció y vivió como nadie. Sus dos primeras novelas, muy influidas por cierta narrativa inglesa —la sombra elegante del grupo de Bloomsbury pesa de manera muy clara sobre ellas— pecan tal vez de una cierta ligereza, achacable tal vez a la fluida brillantez del estilo, a la sorprendente facilidad para escribir de su autor, que puede llegar a ocultar la dramática realidad narrada. Pero en "La vida perra de Juanita Narboni", se consigue una altura y una tensión narrativas difícilmente superables. Ahí, y abandonando anteriores influencias, el autor se centró en la plasmación de un mundo en decadencia, de una sociedad —en este caso, la de los no marroquíes afincados en Tánger, y que vivieron hasta la independencia en una especie de ámbito cerrado— en descomposición, que ve hundirse todos sus valores. La misma Juanita Narboni es también una personalidad que se va disgregando al mismo tiempo que su universo social, mientras la corrosiva realidad se va comiendo aquello de lo que siempre vivió: de ilusiones, de sueños, de imágenes —no en vano el cine ocupa un papel primordial en la obra de Vázquez—, que conformaban su mundo privado. Para esta obra, Vázquez empleó un lenguaje tan rico y complejo como ella. Ha sido el único escritor que ha sabido plasmar esa mezcla de barbarismos y resabios de castellano sefardí que es el idioma hablado por una cierta clase de españoles tangerinos, y en utilizarlo como instrumento para contar una historia polisémica, que no debe ser leída solamente como una "pequeña historia marroquí" —esto es, provinciana y reducida—, sino como un estudio her-



Angel Vázquez.

mosísimo sobre la decadencia en todos los sentidos.

He tenido el honor y el placer de ser amigo de Angel Vázquez, y precisamente por eso me resulta difícil trazar aquí su complejo perfil humano. Fue un escritor desconocido y marginado como todos los escritores; un hombre difícil, marcado por las vicisitudes de su vida siempre precaria, siempre en lucha con un mundo que se le hundía irremisiblemente, y que le arrastró —a él y a muchos otros españoles tangerinos— en su hundimiento. Se trataba de un raro, de un solitario que, sin embargo, gozó de grandes amigos; de un novelista casi desconocido, pero que tuvo, sin embargo, la admiración de un grupo reducido de conocedores; un hombre tímido, introvertido, oculto dentro de sí, que fue, sin embargo, capaz de transmitir a unos pocos —siempre son unos pocos quienes de verdad cuentan— el calor secreto de su personalidad riquísima. Vázquez poseía un raro sentido del humor, hecho de autocrítica y de amargura, que llegaba muchas veces a la autodestrucción, y del que se pueden apreciar muestras impresionantes en "Juanita Narboni". Ahora ha muerto; desconocido, pero estimado; y, desde luego, no en la soledad, sino en la amistad profunda de los pocos que le queríamos, que le conocimos. Quedan sus novelas, que hay que leer, o releer, para conocer no sólo a un escritor, sino a todo un mundo que se nos ha ido. Y yo no debo añadir palabras a sus palabras. ■ EDUARDO HARO IBARS.

que se dirigen, en tren, los personajes protagonistas. El argumento no es fácil de resumir: unas personas un tanto extrañas van llegando a la estación para tomar el tren que les conducirá a Kiu, maravillosa ciudad que se les ha prometido como la liberación, la paz eterna, la hermosura sin par. Hay un papel femenino importante, una voz de mujer que va saliendo por un altavoz y unos pocos papeles masculinos. El revisor del tren resulta una especie de verdugo, una bestia. Poco a poco se va descubriendo que los viajeros son locos procedentes de un manicomio. Pero poco a poco, también, se va descubriendo que no son locos, sino gente que ha sido arrinconada por ser molesta a la sociedad. Cada cual explica por qué le han metido allí. A uno de ellos, por ejemplo, porque comprende el lenguaje de los pájaros, los cuales le cuentan cosas desagradables respecto a los trapicheos del poder. Al final se pone en claro que esa Kiu no es sino una ultracárcel, mucho peor que cualquier manicomio en que han estado. A la vista de ello, los propios pájaros provocan un descarrilamiento. Muere todo el mundo, menos tal vez una pareja. Se trata, como ves, de una alegoría sobre la indefensión del individuo frente al poder. La obra se estrenará, creo, en París, en abril o mayo de mil novecientos ochenta y dos. El libreto es en castellano, pero supongo que los franceses me pedirán que se estrene en francés y quizá se haga también una versión en italiano. ■ J. G. M.

LIBROS

Pido la muerte al Rey

PIDO la muerte al Rey (1), última novela de Ramón Hernández, es un libro angustioso —no desprovisto de humor en ocasiones— que, como El ruido y la furia, de Faulkner, ha sido escrito con las tripas.

La angustia se centra en Goltrán Zaldívar, loco procedente del suburbio, fontanero de profesión y dinamitero terrorista, detenido por la Policía por haber puesto una bomba en un tren y encerrado en el manicomio de Santa Uñas San —"gran caga-

(1) Pido la muerte al Rey. Editorial Argos Vergara. Barcelona.